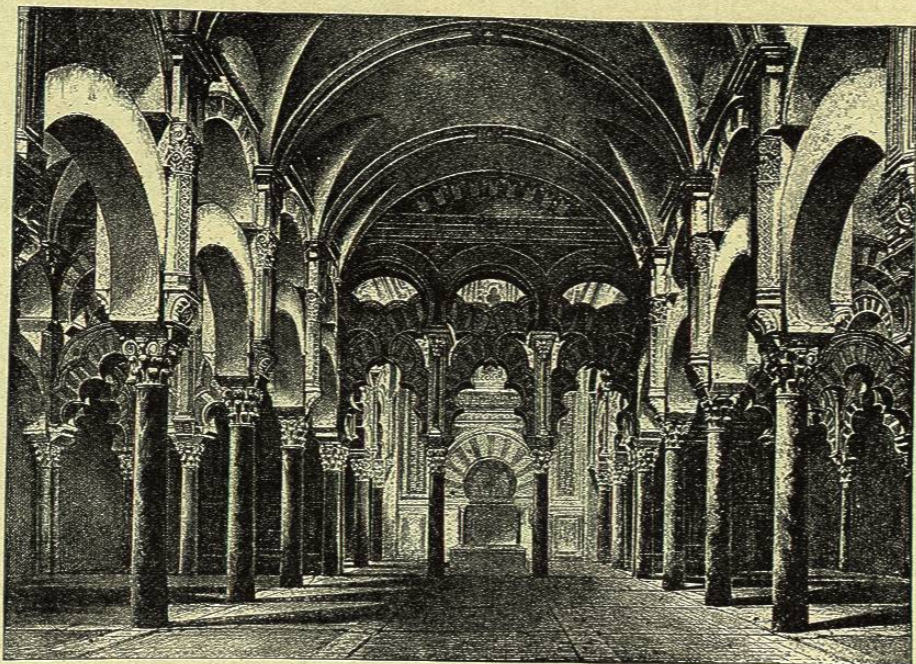


latina había pues subyugado á estos bárbaros; los cuales, como los demás conquistadores del imperio romano, habían procurado asimilársela hasta el punto que su inteligencia lo hacía posible. Varios detalles prueban que se habían fusionado bastante íntimamente con el elemento latino que hacía tiempo ocupaba una parte del país: su código (*lex Visigothorum*) fué la ley de la España cristiana hasta mediados del siglo XIII. Cuando fueron repelidos á las montañas de Asturias por la invasión musulmana, se fundieron



Interior de la mezquita de Córdoba*

defender á sus señores, ni se exponía á nada cambiando de dominio, estaba dispuesta á recibir con indiferencia el de cualquiera. Poca cuenta pues debía hacerse de un ejército compuesto de semejantes elementos, y por desgracia de la monarquía visigoda tampoco podía ésta contar con la nobleza que mandaba á aquellos elementos. Como la monarquía goda era electiva, y los candidatos al trono numerosos, los partidarios de cada uno estaban siempre guerreando unos con otros, y despedazaban al país con sus disensiones.

Así pues al llegar los Arabes, la situación de la monarquía de los Godos era desesperada, á causa de las divisiones sociales, de las disensiones intestinas, de la falta de espíritu militar, y de la indiferencia de las masas, en las cuales la servidumbre de la gleba había extinguido el amor nacional. Tan grandes eran las rivalidades que desgarraban al poder, que dos grandes personajes españoles, el conde Julián y el arzo-

bispo de Sevilla, favorecieron la invasión de los Musulmanes.

II
ESTABLECIMIENTO DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

En el año 711 de la era cristiana, al empuñar el cetro de Damasco el décimo sucesor de Mahoma, los Arabes penetraron en España con un ejército de doce mil hombres.

Fácilmente se comprende, después de recorrer las fecundísimas provincias del sud de la península, las únicas que todavía son fértiles, la impresión que aquellos debieron sentir; pues tanto el clima y la tierra, como las ciudades y monumentos, todo les pareció maravilloso. En una carta dirigida al califa, el general del ejército árabe le describía el país del modo siguiente: «Es una Siria por la belleza del cielo y de la tierra; un Yemen por la templanza del clima; una India por sus flores y perfumes; un Egipto

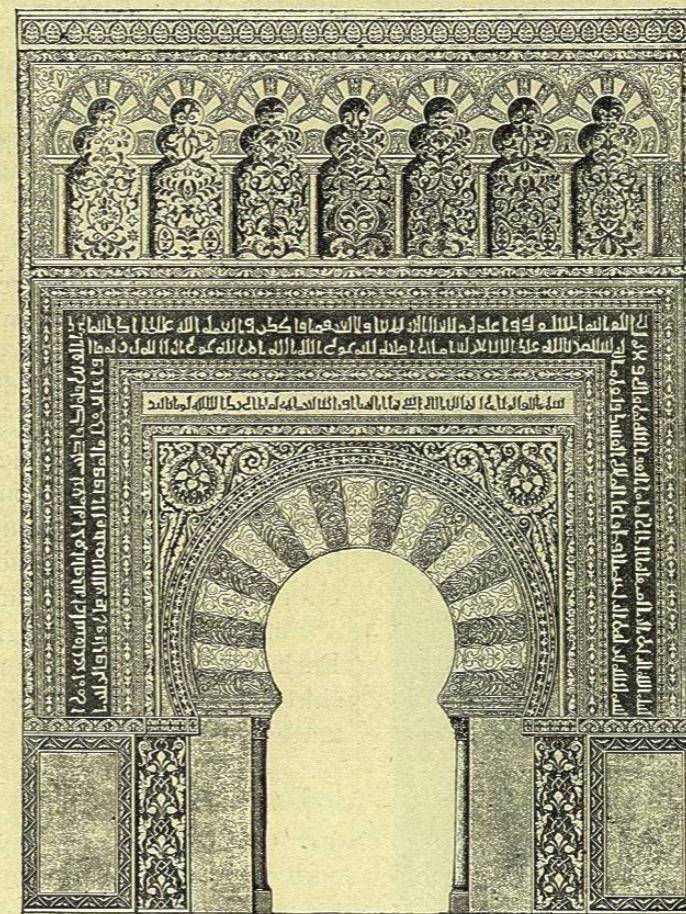
por la fertilidad, y una China por sus metales preciosos.»

Invadieron los musulmanes la costa de España por un sitio que después se llamó Gibraltar (Djebel Tarick), del nombre de su jefe Tarrick, lugarteniente berberisco del general árabe Muza.

Cincuenta años necesitaron los Arabes para

apoderarse del Africa berberisca; y les bastaron sólo algunos meses para conquistar toda la España cristiana. La primera batalla importante decidió de la suerte de la monarquía goda, la que perdió en ella el mismo día la España y su rey. El Arzobispo de Sevilla peleó allí como aliado de los Arabes.

Muza recibió la noticia de tan fácil triunfo



Fachada del Mihrab de la mezquita de Córdoba

con alguna sorpresa; pues como no olvidaba las porfiadas luchas que tuvo que sostener en Africa, creía que había de hallar en Europa tanto valor é independencia como entre los Berberiscos. Pero reconociendo su error, no quiso dejar á su lugarteniente la gloria de haber conquistado por sí sólo á España, y pasó el mar á su vez, llegando á la península con un ejército de 20,000 hombres, de los cuales 8,000 Berberiscos, para continuar la conquista.

Termináronla los mahometanos con una rapidez pasmosa; pues las primeras ciudades se apresuraban á abrirles las puertas; dejando caer así en sus manos, sin combate alguno, poblaciones tan importantísimas como Córdoba, Málaga, Granada, Toledo y otras. En Toledo, capital de los cristianos, los Arabes todavía hallaron

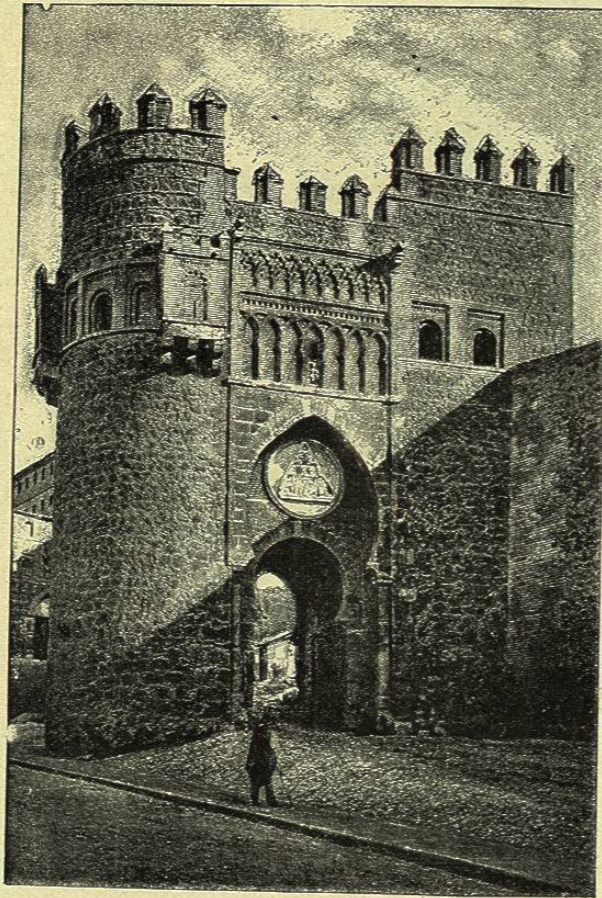
las coronas de veinticinco reyes godos, haciendo prisionera á la viuda del rey Rodrigo, con la cual se casó algún tiempo después el hijo de Muza.

Los habitantes de España fueron tan bien tratados como los de Siria y Egipto; dejáronles los Arabes sus bienes, iglesias y leyes, incluso el derecho de ser juzgados por sus jueces naturales; y tan sólo les impusieron un tributo anual de cierta cantidad de provisiones, un dinar de oro (15 pesetas) por cada noble, y medio dinar por cada siervo; cuyas condiciones parecieron tan equitativas, que la población se sometió sin resistencia, y los Arabes tan sólo tuvieron que luchar con la aristocracia propietaria del país.

Pero la lucha no fué larga; y dos años después ni huellas quedaban de la resistencia, y

España obedecía con docilidad. Verdad es que no obedeció siempre, pero no recobró el territorio sino por el esfuerzo de ocho siglos de luchas.

Asegúrase que después de conquistar á España, tenía Muza la intención de volver á Siria por la Galia y Alemania, cogiendo á Constantinopla de flanco por retaguardia, y sometiendo al Corán todo el mundo antiguo. Pero una or-



Puerta del Sol en Toledo

den del Califa llamándole á Damasco, le impidió intentar esta grande empresa, que sin duda hubiera hecho musulmana á toda Europa, creado á la vez en todos los pueblos civilizados la unidad religiosa, y quizá evitado ese período de la Edad media que, gracias á los Arabes, no ha conocido España.

Antes de contar lo que aquí les sucedió á estos, sepamos primero de qué manera los anteriores habitantes del país se fundieron con los nuevos señores.

Los primitivos invasores de España fueron Arabes y Berberiscos, y los ejércitos que después la ocuparon constaban también de algunas tribus sirias, bien que su número fué corto y tan sólo llegaron al principio de la conquista. Así

pues lo único de que debemos ocuparnos es de la vida de los Arabes, de los Berberiscos y de los aborígenas.

El atento examen de la historia de los musulmanes en España demuestra que los Arabes eran la aristocracia intelectual de la invasión, como también su elemento civilizador; al paso que los Berberiscos se mezclaron con las capas medias y con las inferiores de la población. Esta supremacía intelectual la conservaron los Arabes hasta en la época en que llegaron al poder las mismas dinastías berberiscas.

No tenemos documentos que nos permitan decir cuál fué la proporción recíproca de los elementos árabes y berberiscos durante los ocho siglos que duró el dominio musulmán en España; pero todo indica que el último llegó á ser numéricamente el más importante desde el día en que España se separó del califato de Oriente, y sobre todo durante el período de las invasiones berberiscas que llegaban de Marruecos. En efecto, cuando España quedó separada de Oriente, los Arabes no se conservaron en ella sino por medio de la reproducción, mientras que á los Berberiscos les bastaba pasar el estrecho de Gibraltar para ir á buscar fortuna en España.

Parece también evidente que los Arabes y Berberiscos se mezclaron no sólo unos con otros, sino también con la masa de los primeros habitantes del país; y en efecto los Arabes se sirvieron de las cristianas para poblar sus harems y perpetuar su raza. Cuentan los cronistas de ella que en las primeras expediciones treinta mil mujeres españolas fueron destinadas á aquel servicio, y todavía existe hoy en el Alcázar de Sevilla un patio llamado de las Doncellas, cuyo nombre dimana del tributo anual de un centenar de ellas que los cristianos se veían obligados á pagar á un soberano árabe.

Si se considera que estas jóvenes eran de origen muy diferente, y que corría por sus venas sangre ibera, latina, griega y visigoda, se reconocerá fácilmente que esa mezcla de Cristianos, Berberiscos y Arabes, repetida durante siglos, en centros idénticos, acabó por producir una raza nueva, sensiblemente diferente de las que habían invadido á España. Las distintas poblaciones que habían contribuido á formarla se hallaron en ese estado de cruzamiento y centro que hemos descrito en un capítulo precedente, y que según nosotros determina la formación de una raza.

No trazaré aquí la historia de los soberanos árabes ó berberiscos que se han sucedido en

España durante ocho siglos; pues basta para la inteligencia de este capítulo mencionar brevemente los principales sucesos políticos que entonces ocurrieron.

Desde el año 711 de la era cristiana, del cual data la conquista de los Arabes, hasta el 756, España formó parte del imperio de los califas de Damasco, siendo gobernada por emires en representación de aquellos. En 756 se separó del califato de Oriente, componiendo un reino independiente, designado con el nombre de califato de Córdoba, cuya ciudad era la capital.

Después de un período brillante de tres siglos, que representa la fase más bella de la civilización árabe en España, empezó su decadencia política; y los cristianos, encerrados primero en el Norte, se aprovechan de las disensiones de los musulmanes, y empiezan á atacarlos. A fin de oponerse á los progresos de Alfonso VI de Castilla y León, los Arabes piden socorro en 1085 á los Berberiscos de Marruecos, los cuales al principio llegaron como aliados, y luego procedieron como señores; y el imperio, despedazado por las rivalidades de dos razas, se divide en una veintena de reinos. Sucédense varias dinastías de Berberiscos, como los Almoravides, los Almohades, etc.; los Arabes se berberizan cada vez más, y su civilización decae. Los cristianos se aprovechan de ello para continuar engrandeciéndose á sus expensas; y forman una serie de reinos como los de Valencia, Castilla, Murcia, etc., que van reuniéndose gradualmente unos á otros, hasta no constituir más que cuatro, los de Portugal, Navarra, Aragón y Castilla. A fines del siglo XIII los Arabes no poseían más que el reino de Granada. Fernando de Aragón reunió, casándose con Isabel de Castilla, las dos coronas; sitió á Granada en 1491, y se apoderó del último baluarte del islamismo en España. Habiendo anexionado en seguida á su imperio la Navarra, toda la península, excepto Portugal, quedó reunida en una sola mano.

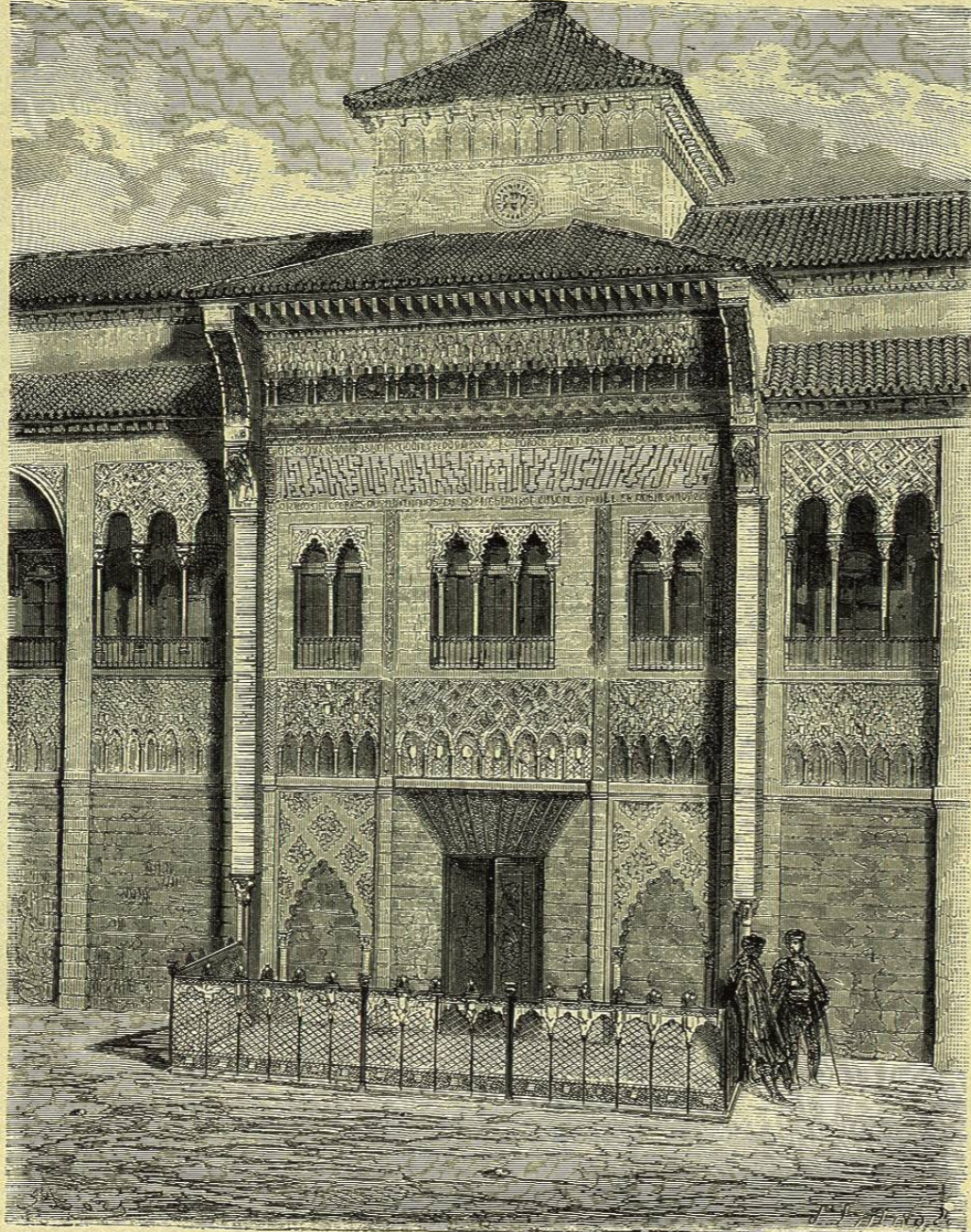
La duración del imperio árabe en España fué de unos ocho siglos, es decir, casi igual á la del dominio romano, y concluyó mucho más por sus disensiones, que por los ataques de fuera; bien que si su genio político fué débil, su genio civilizador le colocó en las primeras filas.

Fernando había concedido á los Arabes el libre ejercicio de su lengua y culto; pero desde 1499 empezó la era de aquellas persecuciones que un siglo después acabaron con una expulsión. Empezóse por bautizarlos á la fuer-

za; y luego so pretexto de que ya estaban cristianizados, los entregaron al Santo Oficio que quemó cuantos pudo. Como estas operaciones eran lentas, se celebró consejo acerca del modo de desembarazar al país de aquel elemento extranjero; y el cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general del reino, varon piadosísimo, propuso que se pasase á cuchillo á todos los Arabes no convertidos, incluso las mujeres y niños. El dominico Bleda fué todavía más radical, pues considerando razonablemente que era imposible averiguar si todos los conversos lo eran sinceramente, y que por otra parte sería fácil á Dios distinguir en el otro mundo á los que merecían ó no el infierno, propuso, el santo varon, que se degollase á todos los Arabes, sin exceptuar á ninguno. Aunque esta medida fuese aprobada por todo el clero español, el gobierno creyó que las víctimas quizá no se dejarían exterminar fácilmente; y se redujo en 1610 á decretar la expulsión de los Arabes. Verdad es que se procuró que la mayor parte pereciesen en el camino; y el bueno del P. Bleda, á quien cité poco há, dice que más de las tres cuartas partes fueron degollados antes de llegar al puerto. En una sola expedición que constaba de 140,000, perecieron 100,000. En algunos meses España perdió más de un millón de súbditos, y Sedillot, junto con la mayor parte de autores, calcula en tres millones el número de moriscos que desaparecieron del país desde la conquista por don Fernando hasta la expulsión definitiva. Ante semejantes hecatombes, la noche de San Bartolomé no es más que una reyerta sin importancia; debiendo reconocerse que entre los bárbaros más feroces no hay otro que tenga que acusarse de semejantes degüellos (1).

(1) La historia hace muy bien en reprobar enérgicamente la conducta de los conquistadores y reyes castellanos con los Arabes españoles vencidos. Pero nos parece que Mr. Le Bon, autor de esta obra, no debía comparar aquel exterminio con la noche de San Bartolomé, sino con la guerra de los franceses contra los Albigenses, en la cual, según el historiador francés Mr. Napoleón Peyrat, los franceses no sólo destruyeron la civilización provenzal, sino que entre degüellos en masa y persecuciones de la Inquisición francesa, mataron en medio siglo un millón de personas, sin distinción de sexos ni edades. En esta guerra ocurrió el degüello de toda la población de Beziers, en el cual los franceses, siguiendo las exhortaciones del legado romano, mataron más de 30,000 católicos y herejes indistintamente, y á niños y criaturas de pecho, porque, según decían los degolladores, Dios ya distinguiría en el otro mundo á los que merecían el infierno y á los que fuesen dignos del paraíso. La historia de la guerra de los franceses contra los Albigenses es muchísimo más bárbara y horrenda que la de la persecución de los Arabes vencidos, por razones históricas que Mr. Le Bon con su claro talento verá el día en que se tome la molestia de leer la obra definitiva de Mr. Peyrat, y estudie con un poco menos de ligereza la historia de España de los siglos XVI y XVII: todo esto sin perjuicio de censurar enérgicamente el exterminio de los Arabes.

Desgraciadamente para España, esos tres millones de súbditos de los cuales se privaba espontáneamente, constituían la aristocracia intelectual é industrial de la nación; y por otra parte el Santo Oficio tenía cuidado de acabar con todo lo que entre los cristianos pasaba del nivel de la más ramplona medianía (1). Pero tan sólo se vieron los resultados cuando se hubo



Fachada del alcázar de Sevilla

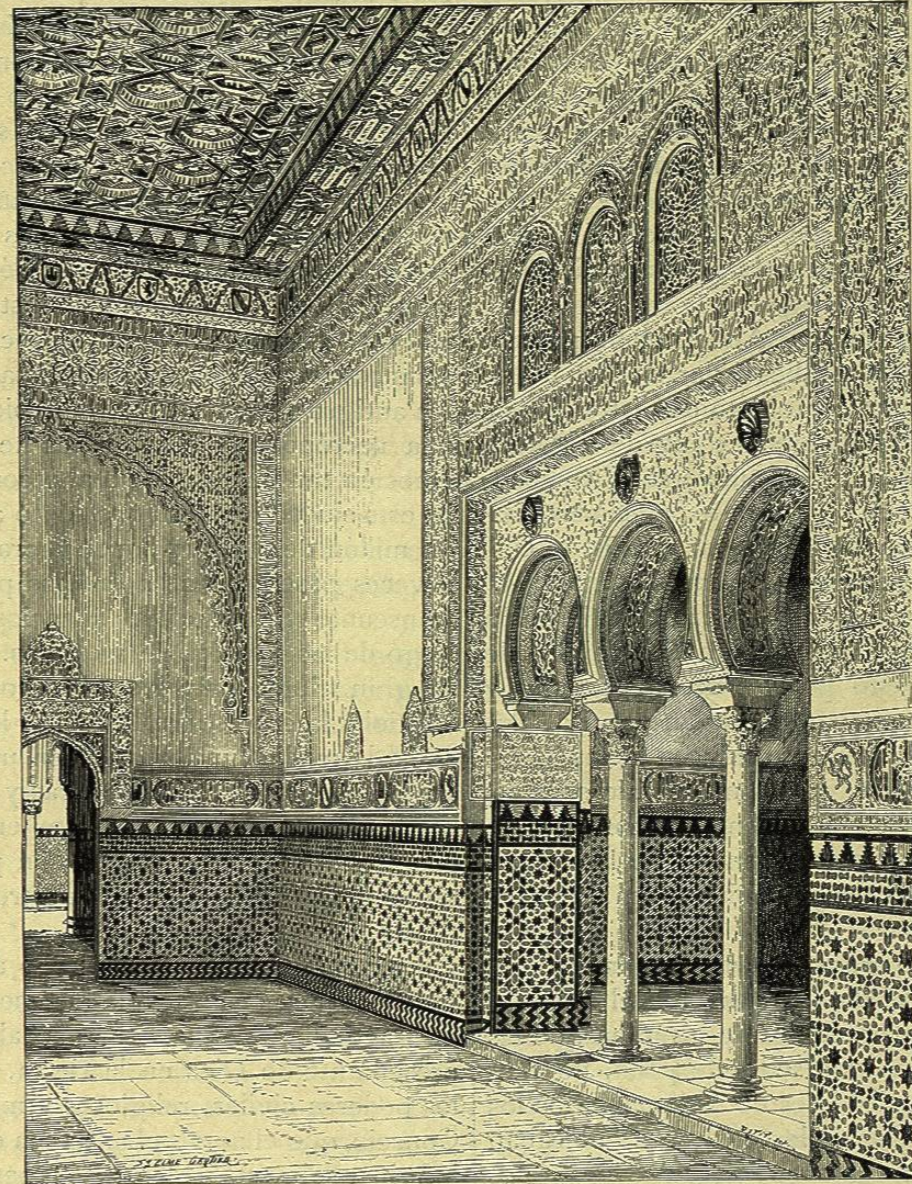
realizado aquella doble operación; y esos resultados no permitían dudar acerca de las causas verdaderas que los produjeron. Entonces todo se hundió á la vez: la agricultura lo mismo que la industria y el comercio; las ciencias y la literatura lo mismo que la población; y aunque han transcurrido muchos siglos, España no se ha levantado aun de su caída. Toledo, que en tiempo de los Arabes, contaba 200,000 habitantes, no contiene hoy sino 17,000; Córdoba, que había

llegado á un millón, se halla ahora reducida á 42,000; y de ciento veinticinco villas que la

(1) El autor está verdaderamente desgraciado en todo este trozo, en el cual no sabemos si hay más errores que letras, ó más letras que errores. Todos los que conocen la historia europea saben que España fué en armas, letras y navegación la maestra de Europa en los siglos XVI y XVII, y que hasta fines de este último siglo no la reemplazó Francia. No sabemos porqué para decir mal de una institución tan odiosa como el Santo Oficio, se ha de falsificar tan torpemente la historia. La expulsión de los Arabes causó perjuicio á España, pero no se debió á esto sólo la ruina del país, sino á muchísimas más causas, de las cuales tendría conocimiento el autor si verdaderamente hubiese estudiado la historia.

(N. del T.)

diócesis de Salamanca comprendía, apenas quedan trece. Al estudiar en otro capítulo á los sucesores de los Arabes, demostraremos hasta qué punto fué profunda la decadencia que la destrucción de estos produjo; pues si lo hemos mencionado aquí, ha sido porque ningún otro ejemplo es capaz de poner más de relieve la importancia del papel que este pueblo desempeñó en las comarcas donde introdujo la civilización. Imposible sería hallar pruebas más decisivas de la influencia de una raza. Antes de los Arabes, apenas había civilización; con los Arabes la ci-



Salón de Embajadores en el Alcázar de Sevilla.—De fotografía

vilización fué brillante, y después de los Arabes decadencia profunda. La experiencia es completa (1).

(1) Lo que la historia enseña es que antes de los Arabes había en España una civilización greco-latina; que con los Arabes hubo una espléndida civilización, y que después de los Arabes España heredó de Italia los esplendores del Renacimiento en tiempo de la Reforma. La causa preponderante, la causa fundamental de la decadencia de nuestro país se halla en la desastrosa política internacional que siguió desde el emperador Carlos V hasta el rey Carlos II, pues la expulsión de los moriscos, aunque horrible en el concepto filosófico, la emigración de los españoles á América y las persecuciones religiosas fueron factores de mínima importancia en la decadencia de España.

(N. del T.)

III

CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

En tiempo de los reyes visigodos la España cristiana se hallaba en una situación poco próspera, y su cultura parecía la de un pueblo semi-bárbaro.

Apenas los Arabes terminaron su conquista, empezó su trabajo civilizador, y en menos de un siglo habían roturado los campos incultos,